

El comparatismo y la construcción del objeto literatura latinoamericana

Susana Zanetti

Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de La Plata

El planteo de problemas o de consideraciones de orden general sobre la literatura latinoamericana y sobre las literaturas nacionales siempre se hizo, dados los rasgos de su conformación a partir de su condición colonial, atento a enfoques comparatísticos, es decir, teniendo en cuenta los lazos con otras experiencias literarias y culturales, si bien desde actitudes y criterios que forzaban el rol que cumplían los modelos estéticos y los procesos históricos de las mismas, provenientes de Europa –principalmente– y más tarde de los Estados Unidos, en el ámbito de los estudios comparatísticos interculturales.

A medida que se producía un desarrollo más complejo del campo literario en los distintos centros latinoamericanos, se fue desarrollando un trabajo historiográfico y crítico sobre movimientos y obras, que obligó a promover enfoques más atentos a las particularidades de los textos y de los ámbitos en que se inscribían, diseñándose así nuevas perspectivas metodológicas abiertas rápidamente a lo interdisciplinario –la antropología por ejemplo, ya en las primeras décadas del siglo XX, sobre todo para pensar las identidades o la integración nacionales–, muchas veces impuestas por los propios textos o por sus áreas culturales, las cuales podemos pensar dentro de un comparatismo intracultural, es decir, como aquellas que mantienen

intercambios intelectuales y comparten tradiciones.¹

Estas menciones a vuelo de pájaro, muy conocidas además, solamente se proponen señalar cómo concepciones comparatistas, en el sentido amplio del término, estuvieron presentes desde la constitución misma de la literatura latinoamericana y de su crítica. Ellas fueron herramienta indispensable para encarar el estudio de las complejas tramas de tensiones que imponían tanto la relación en el continente entre una literatura nacional y las restantes, entre la pluralidad de lenguas y de culturas, casi nunca ceñidas a las fronteras nacionales, o atenta a deslindes entre vínculos estéticos concretos (a través de la conformación de movimientos, de autores que se convertían en modelos continentales –Rubén Darío, César Vallejo, Pablo Neruda, tanto como Jorge Luis Borges, Juan Rulfo o Julio Cortázar– o en áreas que superaran los límites nacionales, etc., etc.) y las coincidencias ajenas a una verdadera interrelación, entre muchas otras cuestiones.² En este campo es

¹ Véase Earl Miner, “Estudios comparados interculturales”, en VV.AA., *Teoría literaria*, México, Siglo XXI, 1993, pp. 183-205.

² En estos y otros ítems vinculados con la constitución de la literatura latinoamericana atendiendo a las relaciones concretas entre los distintos centros, véase mi “Mo-

de destacar el interés pionero de Ana Pizarro acerca de las posibilidades del comparatismo, como puede comprobarse en sus postulaciones de valerse de un comparatismo contrastivo ya en los años ochenta del pasado siglo.³

Los lineamientos actuales del comparatismo proporcionan más afinadas metodologías para las investigaciones en la disciplina, liberadas ya de las presiones de dar cuenta de “nuestra” originalidad, de disolver estigmas de atraso o asincronía, del mecánico estudio de fuentes, entre otros temas. Mis investigaciones reconocen en primer lugar un fundamento teórico y metodológico en la línea de Roger Chartier, a las que sumo aportes no ortodoxos dentro del comparatismo, pero que han enriquecido mis reflexiones, como son los de Serge Gruzinsky en su libro *La colonization de l’imaginaire*,⁴ cuando investiga las reconstituciones culturales en el ámbito mexicano luego del colapso demográfico de fines del siglo XVI en el Virreinato de la Nueva España.

Otro aporte es el de Edouard Glissant, especialmente en *Le discours antillais*,⁵ que despliega, en la misma articulación del libro, las posibilidades de pensar desde una cultura plural, desde ese “légamo incierto”, los contactos entre las diferentes experiencias humanas, sin someterlas a concepciones de superioridad/ inferioridad, o a perspectivas eurocéntricas. Como se sabe, Glissant es martiniqués. Sus reflexiones parten del Caribe para quebrar las ideas de insularidad de lo antillano y pensar la pertinencia de considerarlo como un todo, según

dermidad y religación en América Latina.1880-1916”, en Ana Pizarro (org.), *América Latina. Palabra, literatura e cultura*. San Pablo, Memorial, Universidad de Campinas-Unesco, 1994, vol. 2, pp. 489-534.

³ Véase su artículo “Pour une histoire de la littérature latinoamericaine”, en *Neohelicon*, XI, No. 2, 1984, los trabajos incluidos en *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*, México, El Colegio de México-Universidad Simón Bolívar, 1987. Ana Pizarro fue coordinadora del volumen.

⁴ París, Gallimard, 1988.

⁵ París, Gallimard, 1981.

modos en los cuales el comparatismo puede aportar mucho si se conjugan los múltiples fenómenos económicos, sociales y culturales, estableciendo relaciones productivas en cuanto puedan articular las disparidades sin las exigencias de asimilación o de homogeneidad.^{6,7}

Comparatismo sobre el eje de lectura y lectores

He tenido en cuenta estos ejemplos de trabajos sobre el comparatismo y otras consideraciones sobre el tema que he elegido exponer siguiendo los puntos de vista desarrollados en mi libro *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina*, aparecido en 2002.⁸ Allí, para responderme sobre la existencia, los alcances y las funciones de la literatura latinoamericana preferí hacer pie no en los datos que nos puede dar la producción de los textos, a menudo engañosa, sino en su lectura. Lectura y lectores fueron los ejes que dirigieron mi trabajo.

Revisar la constitución de lectorados a través de recorridos fragmentarios –pues son los únicos posibles–, fundados en la comparación de experiencias lectoras y, sobre todo, a

⁶ Tengo también muy en cuenta aportes fundamentales como el de R. Etiemble, *Ensayos de la literatura (verdadamente) general*, Madrid, Taurus, 1977.

⁷ Tengo en cuenta las siguientes reflexiones de Pierre Laurette en “Universalidad y comparabilidad”: “[...] existe en la comparación un cierto juego de *transitividad* que permite, por una parte, una cierta *predicción* y que, por otra parte, tiene por corolario una cierta *entropía* o pérdida de rasgos de semejanza. La metáfora del hilo pone en claro estos fenómenos: el hilo está formado por numerosas fibras que se entrecruzan, aparecen y desaparecen. El terreno de los objetos comparados se podrían considerar, así pues, como un *espacio fibroso* en el que los elementos están en una doble posición de *contigüidad* y de *superposición*”, en VV.AA., *Teoría literaria*, cit., pp. 62-63.

⁸ *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo, 2002.

partir de cómo se las ponía en escena, se las fabulaba en la ficción, fue mi cometido más importante. Es decir, acudí a la idea de la lectura compartida como fundamento imaginario de una comunidad, idea ya muy traída y llevada, más bien para analizar cómo la perfeñaban los autores en los textos, cómo se la representaba en lectores imaginarios, cómo se proyectaba que ellos debían actuar. Esas representaciones iluminan gestualidades, poses y ademanes, que siempre son índice de maneras de leer que expresan conductas, formas de sociabilidad y de comunicación amasadas por las instituciones escolares y las tradiciones. Los novelistas las representan modulando las nuevas experiencias que las transforman, siguiendo sus concepciones estéticas e ideológicas, pero los moldes y las normas sociales y culturales se encuentran inmersos en conflictos y contaminaciones variables según los ámbitos y los grupos humanos, también según los momentos históricos, que a su vez presionan sobre los autores. Éste es un tema que enriquece el trabajo comparativo pues en esas configuraciones de personajes y de ámbitos, en nuestro tema centrado en la representación de los lectores y de menciones o escenificaciones de lecturas, el novelista debe cuidar los riesgos de la censura así como del rechazo por razones morales o sociales, expuestas muchas veces en el relato mismo por el narrador o por algún personaje, además del tratamiento de estas cuestiones que ofrece la correspondencia de escritores o de lectores.

Traté, entonces, la pertinencia de sostener la existencia de una literatura latinoamericana, o más bien de trazar diagramas desde donde pensarla, a partir del privilegio del lector, y de la emergencia y constitución de lectorados modernos en América Latina, punto de vista que circunscribí a su vez porque puse en primer plano la representación de la lectura casi únicamente en novelas que iban dando cuenta de las vías de análisis elegidas

en los distintos capítulos para considerar las cuestiones en los que se centraban. Consideré entonces cómo se volvían visibles cuestiones de colocación del escritor, de sus modelos, de sus disputas estéticas e ideológicas, de cómo cooperaban en el trazado de los horizontes morales, sociales, culturales que circundan la lectura en su época. También intenté comparar problemas de conformación de públicos.

En esta línea de trabajo, no he dejado de lado, tampoco, el hecho de que las peculiaridades que pautan la imagería y las prácticas del acto de leer se han vinculado y se vinculan con el acceso concreto al libro, es decir, con la oferta, que se abre a muy diversos estudios sobre la base del comparatismo. Únicamente quiero recordar que en América Latina debemos atender siempre a dos perspectivas cuando nos referimos a las fragmentaciones de público: la cantidad de títulos y el número de ejemplares de cada uno de ellos publicado –y por ende las variables bocas de expendio, formales e informales, para su adquisición (librerías, quioscos, suscripciones, “regalo” del periódico, etc.)– y el desarrollo de mecanismos que posibiliten la circulación entre el centro donde ocurre la producción industrial de determinado libro y los circuitos de venta de ese mismo centro, así como de los restantes del país y del extranjero.

La América Hispana y España constituirían un enorme consumidor si reparamos en la ventaja de la lengua compartida, el español, con muy alto número de hablantes en el nivel mundial. Pero el cálculo optimista se derrumba en cuanto atendemos a la enorme extensión territorial que, si actualmente puede exhibir un avance cierto en las comunicaciones, presenta también muy despereja industria editorial. Quiero aquí sólo recordar lo que afirmaba el novelista chileno José Donoso para mediados del siglo XX sobre Chile en *Conjeturas sobre la memoria de mi tribu*: “[...] era imposible comprar novelas de escri-

tores extranjeros en nuestro país, y al mismo tiempo era imposible exportar nuestros libros”.⁹ Por otra parte, el diario *La Nación* de Buenos Aires encabezaba así su dossier “Fuga de lectores” del 11 de junio del 2000: “La narrativa argentina se vende poco o nada. Excepciones aparte, la abrumadora mayoría de los libros rara vez agota su primera edición y, en el mejor de los casos, las tiradas no superan los 3000 ejemplares”. La encuesta que glosa el 4 de mayo de 2001 dice que el 45% no leyó ese año ningún libro, el 35% entre 1 y 4, el 12 % entre 5 y 10 y el 8% más de 10. Las posibilidades del comparatismo para este tema ingresaron en distintos momentos de mi trabajo.

La lectura de novelas

Tratando de congeniar el estudio tipológico con el histórico, me atuve a un fenómeno o a una práctica literaria, explayando una diversidad controlada, de modo tal que no se diluyera en una dispersión sometida a circunstancias o contingencias no significativas, de allí, por ejemplo, que varios de los capítulos de mi libro se hayan concentrado en Chile, y en sus vínculos con la Argentina y el Uruguay, atendiendo sobre todo a los múltiples desplazamientos humanos, entre ellos de escritores, artistas y políticos, a que dieron lugar los exilios. De este núcleo me desplazé hacia otros del continente operando con semejanzas y diferencias en diferentes niveles culturales y sociales que pudieran ilustrar las dimensiones complejas de toda generalización.

El trabajo de comparación de representaciones novelísticas de lectores y lectura del área fue completado, en la medida posible, por el análisis del testimonio de las lecturas de lectores del período, comprendido entre 1840 y 1870, aproximadamente,¹⁰ dado que mis in-

dagaciones iban siempre hacia lectores y campo de lectura históricos, pues me proporcionaban un recodo para restaurar públicos, como dije, si bien sabemos que la empresa se inscribe en ámbitos culturales diversos, con su juego de prácticas, de instituciones y de construcciones imaginarias propias, de modos de dominio y luchas interdiscursivas, de jerarquía de valores estéticos, de ideas y sensibilidades, etc., en los cuales la cuestión que nos ocupa es sólo parte del espectro.

Quizás una inmediata comprobación en cuanto a las primeras conformaciones de esas comunidades lectoras, pequeñas pero influyentes, era la de que realmente compartían lecturas: los narradores les ponían los mismos libros en las manos, pero no eran los del país, sino folletines y novelas europeas, cuando no (generalmente no) algún libro piadoso. El análisis comparativo de estas escenas abre un espectro de posicionamientos de los novelistas acerca de la función social de la novela, del interés en influir en la lectura de sus textos, de sus ideas respecto del mercado y la competencia, tanto como de sus propuestas específicas en el plano artístico. En 1864, y luego del éxito de *Martín Rivas*, Alberto Blest Gana, el novelista chileno (de quien me ocupó en el libro valiéndome de perspectivas contrastivas), quizás el mejor ejemplo hispanoamericano hasta avanzado el siglo XIX, escribe a su amigo Juan Vicuña acerca de los frenos a su proyecto de representar la sociedad nacional:

El gusto literario tiene aún que dar muy grandes pasos en Chile, [...] nuestra sociedad [...] solo se interesa en la acción de

⁹ Santiago de Chile, Alfaguara, 1996, p. 29.

¹⁰ La lectora es Carmen Arriagada y el análisis utiliza el

largo epistolario de esta romántica chilena con el pintor alemán Mauricio Rugendas. Tengo en cuenta el siguiente comentario de Earl Miner sobre diversidad y congruencia en los fenómenos en comparación: “[...] la diversidad es la diferencia realizable en el seno de un conjunto de elementos verdaderamente comparables”. En el artículo citado, p. 200.

personajes que se hallen a su altura en la jerarquía social, [...] viciado su gusto por novelas de estúpida trama, como las francesas recién desprestigiadas y las españolas [...] empieza apenas a admitir que le presenten escenas y personajes chilenos, y cerraría el libro que quisiese hacer asistir al desarrollo de su intriga cuyos actores principales deberían ser huasos incultos y codiciosos hacendados, condenando además al autor de tal propósito.¹¹

El ejemplo me es útil también para recordar que cuando traemos a la escena testimonios como éste y los ponemos en relación en el espacio y el tiempo, se impone la incertidumbre sobre el objeto que consideramos, sobre todo si no admitimos que está inserto en esa heterogeneidad conflictiva, definida por Antonio Cornejo Polar para el área andina como procesos de producción de literaturas en las que se intersectan conflictivamente dos o más universos socioculturales.¹²

En mi trabajo utilicé también con provecho la matriz de las “influencias”, de los modelos y de los movimientos que pesaron en novelas específicas, de modo tal de analizar cómo se producían las apropiaciones y las transformaciones en el texto americano, siempre sobre el eje de la función y las significaciones de la lectura. En este caso, el lazo más importante tratado fue entre Chateaubriand y *María* de Isaacs, influencia ya considerada por la crítica, pero sobre la que mi perspectiva comparatística permitió otras reflexiones. Enmarqué y contextualicé estos capítulos valiéndome de diferentes ejes, que consideré en otros ámbitos literarios y culturales latinoamericanos, con el fin de acotar las interrelaciones, así como de sustentarlas.

¹¹ Sergio Fernández Larrain (comp.), *Epistolario de Alberto Blest Gana. 1856-1903*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1991, p. 61.

¹² *Escribir en el aire*, Lima, Horizonte, 1994.

Enuncio muy esquemáticamente un solo ítem, concretado en la comparación de múltiples textos sobre *María*, provenientes de críticos, escritores, lectores comunes, ficcionalizaciones de su lectura en las novelas, etc., con el fin de revisar cómo las lecturas de fin de siglo XIX y principios del XX coincidieron en promoverla como novela ejemplar americana, y auspiciar su lectura, no sólo en razón de cuestiones estéticas sino sobre todo ante los riesgos que acarreaban a la moral las novelas naturalistas y las decadentes. Este desarrollo diacrónico fue uno de los modos de plantear aspectos acerca de la constitución de nuestro canon, en una obra evidentemente fundamental del mismo, que culminó con la comparación con un caso que daba cuenta de cómo podía sostenerse esta condición de clásico de *María*, cuando se producía dentro de nuevas concepciones estéticas –y así me centré, especialmente, en *La traición de Rita Hayworth* (1967), de Manuel Puig, también atenta o otros ejemplos dentro de la narrativa latinoamericana contemporánea–.

En todos estos análisis eludí pretensiones totalizadoras. Me incliné en cambio al tratamiento de fragmentos que se abrieran al diseño de redes que tuvieran muy presente los aportes del comparatismo, si bien pensándolos dentro de relaciones intraculturales, e interculturales respecto de Europa principalmente, sin descuidar, por cierto, hasta dónde las diferencias de lenguas y culturas seccionan y quiebran perspectivas homogeneizadoras, imponiendo, dentro de la misma Hispanoamérica, la necesidad de encarar un comparatismo intercultural.

Mi enfoque fundado en la lectura se atuvo a ejes específicos que iban engarzando temas y significaciones que podían darse para enriquecer la comparación. Sabía por cierto que el análisis de testamentos, listas de suscriptores o de los catálogos y los avisos de las librerías, el inventario de bibliotecas, sumados a los datos sobre alfabetización y escolarización tanto co-

mo los provenientes de la industria del impreso, organizaban un panorama de la historia de la lectura y de la constitución de lectorados y campos de lectura que permitían abordar en la circulación general de textos el de los pertenecientes a la literatura latinoamericana, pero, para mis criterios, y las convicciones que dirigieron mi trabajo, el solo enunciado de esta perspectiva la hace sucumbir a causa de las dimensiones del abordaje propuesto.

He tenido en cuenta la información disponible al respecto, y la volqué en mi libro siempre que me pareció pertinente, pues el tema, creo, se puede encarar atendiendo a los siguientes interrogantes sin que ellos impliquen respuestas que supriman las diferencias, los desencuentros dentro de heterogeneidades conflictivas. La necesidad de investigaciones estrechamente ligadas con recortes sincrónicos o por períodos, diseñados según ejes de comparación seleccionados cuidadosamente, podrán colaborar en dar respuesta a las preguntas que me formulé: ¿Cómo tejemos nexos entre literatura y público? ¿Cómo se conformaron lectorados y campos de lectura? ¿Cómo pesaron éstos en la producción de los textos? ¿Cómo planteamos los lazos entre sociedades y literaturas, de modo tal de reparar tanto en las concepciones estéticas como en el diseño de políticas de lectura, entre otros asuntos, en América Latina?

Las encaré a partir de la entrada en la modernidad y de su fe en el libro, apoyada en la recurrencia del tema en los discursos, especialmente en las novelas, como ya dije, pero también en cartas y otros documentos, que dan testimonios muy mediatizados de las distintas maneras en que una sociedad se ha pensado como lectora. Sabemos que durante el siglo XIX se fueron conformando las literaturas nacionales y que en los comienzos del XX se organizaron sus lecturas en el mercado y en la escuela en colecciones probatorias del triunfo del proyecto, con una producción que alcanzaba cada vez a mayor número de ciu-

dadanos que ya habían aprendido a leer y que lograban el acceso al libro a través de la difusión en grandes tiradas, ayudadas además con el aporte también notable de la prensa. Aquí estamos ante un momento de constitución de lo que llamamos literatura hispanoamericana o latinoamericana. No ignoramos que el envés de la página nos habla de una Hispanoamérica que hacia 1910 tenía, en Venezuela o en América Central y en México, es decir, en una vasta porción del territorio, con mirada optimista, un 80% de analfabetos, datos que quedan en las sombras cuando encerramos nuestro objeto de estudio en el movimiento de su producción sin considerar la circulación y la lectura de los textos.

Un ejemplo: la biblioteca imaginaria

La lectura alienta este otro recorrido que propongo atendiendo a los lazos entre el Brasil y la Argentina privilegiados por este encuentro, y que tiene como eje la biblioteca y la legitimación de saberes en la figura del autodidacta, atendiendo a significaciones que entrañan el robo y la traición.

Sabemos que prácticamente de manera simultánea las naciones americanas hicieron de la biblioteca nacional una vidriera ante el mundo, un templo del saber que evidenciaba su marcha civilizatoria y democrática, tanto en los inicios de las nuevas repúblicas a través de una fundación que el fragor de las luchas no postergaba, como en el 900, cuando la nueva etapa modernizadora impuso la inauguración de edificios que convalidaban con su monumentalidad aquellos principios, que sostenían el acceso al conocimiento de los ciudadanos sin exclusiones. Los ejemplos que fui exponiendo corroboraron con creces estas afirmaciones, enmarcadas además con la revisión de las ofertas en el mercado de “bibliotecas”, especialmente de las colecciones publicadas por los grandes diarios, tema

presente en muchos otros capítulos del libro, dentro de los ítems comparados respecto de la formación de lectorados modernos en América Latina.

Sintomáticamente y en momentos en que nuevos actores sociales intervienen en las discusiones acerca de cómo escribir y qué leer, tropezamos con dos figuras que quedarían por años desterradas de la biblioteca nacional recomendada por poner en riesgo, desde cierta perspectiva, la continuidad de una literatura a la que se demanda obedecer a una determinada representación, con cierto lenguaje, dentro de estéticas e ideologías medianamente aceptables.

Estamos en los años en que aumenta de manera significativa el número de alumnos en los distintos niveles educativos en toda América Latina, si bien de modo bastante dispar. Las exigencias de formación universitaria se acentúan en algunos ámbitos de la ciudad letrada, en la cual irrumpen sin embargo, y de manera notable, actores no previstos, aquellos que se afirman en un saber adquirido a través de las disponibilidades del mercado, espacio, a su vez, en el que se profesionalizan como escritores, periodistas, traductores, etc., y a través del cual adquieren renombre. A este amplio segmento pertenecen Lima Barreto y Roberto Arlt, ambos autores marginados, por cierto con matizadas significaciones y puesta en escena de tal marginación por ellos mismos, sus contemporáneos, tanto como escritores y críticos posteriores que hicieron de ambos bandera de debate y de afiliaciones. Así, el trabajo de comparación en distintos niveles y tramas de asuntos que atañen a la literatura nacional me llevó a considerar la marginación en la constitución de los cánones nacionales, tanto como los latinoamericanos, especialmente en uno de los más recientes, el que diseña la Biblioteca Ayacucho.¹³ Los de-

bates acerca de cómo leer la tradición y los linajes es un rico filón para el comparatismo.

Aunque sea extensa, quiero apuntar la siguiente cita para explicitar los sentidos en que consideré la biblioteca, especialmente lo que se ha convenido en denominar la representación de la “biblioteca imaginaria”,¹⁴ como uno de esos ejes, a pesar de que sólo desarrolle brevemente alguno de ellos. Dice Jean Marie Goulemont:

Toda lectura es una lectura comparativa de unos libros con otros –un modo de dialogismo e intertextualidad, en el sentido bajtiniano, presente en nuestra práctica lectora–, en la cual emerge la biblioteca vivida en un marco cultural, temporal y espacial, ligado a las instituciones, a los tipos de edición, a la crítica. Sus códigos permean la lectura, así como los diferentes códigos narrativos de las obras mismas, que coexisten en un momento dado. La noción de biblioteca utilizada aquí se instala en la cultura colectiva, envuelta en códigos de valores epocales, históricos. Una biblioteca donde se articulan las lecturas del texto leído y aquellas que las han precedido [...]; un de hors cultural y el del texto mismo impregnan el sentido.

en su mayoría extranjeros; aunque “Se podía garantizar que no faltaba en los estantes del mayor ningún autor nacional o nacionalizado, desde los ochenta hasta acá”, se mencionan muy pocos –los que primero conformaron la literatura brasileña, como Gregorio de Matos o Basilio da Gama, y los románticos–, mientras la expresión “además de muchos otros” engloba a los contemporáneos, negados aquí de este modo, frente a sus muy explicitadas divergencias estéticas. En *El juguete rabioso* los valores literarios del poeta célebre, Leopoldo Lugones, se reducen al precio de venta del ejemplar robado de *Las montañas del oro*, sólo porque se trata de una edición “agotada”. Cito por A. Lima Barreto, *Dos novelas*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, p. 181.

¹⁴ Véase Georges Benrekasa, “Bibliothèques imaginaires: honnêteté y culture, des Lumières à leur postérité”, en *Romantisme*, No. 44, 1984.

¹³ En la biblioteca de Policarpo prevalecen, sintomáticamente, viajeros y cronistas, algunos historiadores,

Y esta biblioteca cultural “sirve tanto para escribir como para leer” porque “en tanto la biblioteca trabaja sobre el texto, cuando se lo lee éste trabaja a su vez sobre la biblioteca”.¹⁵

Once años de diferencia hay entre la edición en libro de *El triste fin de Policarpo Quaresma* (1915), de Afonso Henriques de Lima Barreto, y la de *El juguete rabioso* (1926), de Roberto Arlt. Los protagonistas de ambas novelas se caracterizan por su entrega apasionada a la lectura; lectores devotos pero autodidactas, pronto caen en la lectura errónea que los conduce a la traición y, en el caso de Policarpo, a la muerte. El espectro semántico de la traición los acerca de modo singular por los lazos que plantean entre la ley y la lectura. Trasvasada al plano jurídico bajo la acción de acusar –delatar, ser acusado– la traición aquí se inviste de implicaciones que se vuelven hacia el orden de la Ley, poniendo en escena el precio para integrarse a él.

Novelas de formación ambas, diseñan el itinerario de un aprendizaje por fuera de las instituciones, marcado por la exclusión, en una acerba crítica a las funciones y significaciones del conocimiento, y a los modos de su adquisición, planteada además, con la tematización de la lectura autorizada, de la lectura legítima, la engañosa disyuntiva entre la fe ciega en el saber de los libros y el de la experiencia, junto al aprendizaje informal, centrado en el parafraseo irónico del malo o buen autodidacta, figura siempre de evaluación compleja y altamente ideologizada.

Policarpo es el tímido amanuense que sigue al pie de la letra los principios y las recomendaciones para la formación del ciudadano ejemplar, y hace de la lectura de los libros de su biblioteca, todos sobre el Brasil, herramienta fundamental para servir a la patria. La

biblioteca es el centro y la justificación de su vida, es el instrumento para propender a la defensa de los valores nacionales auténticos y al desarrollo correcto de sus enormes posibilidades, vastamente confortadas por los mensajes oficiales del Brasil, bajo la presidencia de Floriano Peixoto, el “Mariscal de Hierro”, iniciada en 1891, con los que comulga. Paradójicamente, recibe como premio las máximas sanciones del antisocial (loco, traidor) cuando, en realidad, encarna una suerte de santo laico, imagen paródica del Apostolado Positivista y de su no menos argüida Religión de la Humanidad. La lectura labra su destino: es antecámara de la muerte.

La crítica de Lima Barreto señala la distancia infranqueable entre las ciencias modernas, en las cuales los positivistas fincaban el desarrollo del Brasil, y los saberes arcaicos, de escasa pertinencia y aparentemente improductivos, como es el caso del arte, sobre todo del arte popular, desplazado, tanto como los sujetos productores del mismo, por el proyecto hegemónico del Brasil de entresiglos. Difícilmente encontramos en la narrativa latinoamericana de estos años una mirada tan crítica, y en buena medida escéptica, no sólo sobre las creencias que sirven de fundamento a una nación, sino sobre el sentido de su existencia misma.

El juguete rabioso se preocupa por problemas similares, si bien encarando su representación, y su escritura, desde ángulos con fuertes vínculos pero que no se sobreimprimen. Los derroteros de la iniciación en esta novela de Arlt se dan prácticamente circunscriptos al aprendizaje de las significaciones que entranña la posesión del libro en cuanto evidencia de poder, pues lo garantiza o muestra que se marcha hacia él. Uno de los caminos que alienta esta posesión en Silvio Astier, el protagonista, es el del delito, desbaratando la esperada función social de los libros, pues se vuelven maestros cuando se planean crímenes o en cuanto son buena presa para el robo.

¹⁵ En Roger Chartier (comp.), *Pratiques de la lecture*, París, Rivages, 1993, pp. 89-99.

Astier se desplaza desde el robo a una biblioteca pública hasta la traición al amigo, teniendo como modelos a los personajes de *Rocambole* y de *Los miserables*, con el plus que implica al título mismo de la novela y las elecciones de escritura. En otro plano, el personaje coloca *Las flores del mal* de Baudelaire, vivenciada como confluencia de lo gratuito y de la belleza del arte.

Figuras opuestas en extremo, Policarpo Quaresma y Silvio Astier coinciden en que son prisioneros de un autodidactismo excesivo, fruto de la lectura fuera de control y por lo tanto errada, en la cual sucumbe para el último la modesta posibilidad de aliar su vocación con el trabajo, reducido a la comprobación de los ámbitos degradados en que la literatura pierde el aura, tanto como el fracaso ante el destino de grandeza inspirado en las heroicas figuras de Edison, Napoleón, Baudelaire o Rocambole.

Esta rápida síntesis del eje de la comparación muestra cómo el espectro semántico de la traición –unida al derrumbe de la carrera del mérito que descansaba en el libro y la lectura– acerca de modo singular ambas ficciones. ¿Hasta dónde se involucran en este señalamiento la función de los libros y de la biblioteca? ¿Traicionan con los discursos sobre sus prometedores beneficios o son traicionados los beneficios de la lectura? ¿En

qué sentido forman, ya que estamos ante novelas de aprendizaje (muy peculiar en el caso de *El triste fin de Policarpo Quaresma*)? ¿Qué enseñan?

Enuncio muy esquemáticamente estas redes significativas con el solo fin de esbozar las vías que he seguido. En *El triste fin de Policarpo Quaresma* los libros también están sujetos a la malversación (según el Diccionario de la Real Academia, malversar es el acto de “invertir ilícitamente los caudales públicos, o equiparados a ellos, en usos distintos de aquellos para los que están destinados”), es decir, están inmersos en el mundo del delito, en el mal uso de un bien que se expande al universo de los valores comprometiendo la lectura –poder, saber leer, ser versado como para, y malversarla–. En ambos se pone en escena muy claramente también malversaciones de la escritura y los valores del arte. Ambas traman estas cuestiones con el eje de la exclusión, ligada a pretendidos magisterios y a sus lazos con el dinero.

Espero que a través de esta muy somera ilustración se haya comprendido cómo he instrumentado los aportes del comparatismo para fortalecer las perspectivas de investigación en este último trabajo. Espero también que el diálogo que enseguida entablaremos me permita disolver las dudas y enriquecer mi intervención con los comentarios de ustedes. □